

pués su cadáver a las autoridades y desarmando a sus representantes, etc., son otras tantas comprobaciones de la nueva actitud con que Latorre mira hoy el campo. Y esto indica una hermosa evolución que, por cierto, hay que aplaudir. Pero nos indica, además, que su literatura no corre así el riesgo de repetirse, de tornarse monótona, y en fin, vacía, como ha dado a entender la crítica. Al contrario, queremos creer que Latorre ha encontrado el camino por el que entrará a una zona más ancha y universal y en la que su personalidad podrá desenvolver toda su robusta complexión. Qué gran relato podrá darnos entonces Mariano Latorre. Tal vez la obra chilena que está faltando entre las nuevas obras maestras de la literatura americana.—OSCAR CERRUTO.



RUMBO ARGENTINO, por Manuel Seoane, Ercilla, Santiago 1935

Hay en la prosa de este libro un tono polémico, cálido de juventud, que nos acerca al autor. No, por cierto, el engrifamiento del que atiende a su tozudez más que a la honrada fricción de las ideas; tampoco el puro ardor de la sangre—que no en todos los casos es espíritu—, sino la juventud de las ideas, su complexión saludable, que parece presidir la actitud general de estos ensayos. Porque no de otro modo, sino en actitud de algo, de alguien es que veremos siempre movilizarse el pensamiento de Manuel Seoane. *Páginas y polémicas* se llama justamente uno de sus libros (Edit. Tribuna, Lima, 1932). ¿Y qué otra cosa es toda su obra sino una larga polémica, un sucederse continuado de páginas, polémicas?

Hay en este escritor una feliz combinación del político y del artista, que se nutren mutuamente y mutuamente se controlan. Domina el político, ya que no en balde nuestros días le pertenecen más que, por ejemplo, al artista. Domina por voluntad de la Historia, nos dirá Seoane, a la que él ha querido

someterse de muy buen grado y hasta jubiloso, según parece, pero no logra apagar la presencia del artista, que alza su voz inconfundible debajo de esa piel de batalla con que se protege el político. (¿No acabamos de ver brillar ese mismo fuego lírico en una breve página de Haya de la Torre, el leader del aprismo peruano? Y también Seoane es leader y es aprista).

Agil nadador, Seoane se zumbulle en el piélago del alma argentina para entregarnos el resultado de sus *sondeos*. No es el argentino un piélago sombrío, y el buceador corre con deportiva pero segura y firme liviandad en una zona de luz, cuando más de media luz, pero jamás de penumbra. Sus trece ensayos se bañan en esa transparencia, iluminados por la recia visión del escritor, por la limpidez de su estilo, y hasta por los cohetes brillantes de audacia de sus imágenes.

¿Pero la demasiada luz no equivale, en algunos casos, tanto como a la demasiada sombra? La luz suele ocultar también con sus cortinas hirientes, más quizá que la penumbra.

No es, Manuel Seoane, por fortuna, un improvisado descubridor de pueblos, uno de esos nuevos Vespucios que él mismo señala en su libro, con una urgente «predisposición a reducir la vida de un pueblo a dos o tres líneas esenciales». Observador sin postura, y sin premuras, antes de formular juicios o de inventar categorías, se deja llevar por la marea de la vida argentina, vive en su entraña, conoce las pulsaciones íntimas de su pueblo y quiere ser un actor, y un actor anónimo, más que un frío espectador de los hechos. Así le hemos visto, hace diez años, recoger sus observaciones de otro pueblo sudamericano. Bolivia, en una obra de la que difícilmente se podrá prescindir cada vez que se traten de problemas altoperuanos: *Mirando a Bolivia con el ojo izquierdo* (Edit. Buenos Aires, 1926).

Rumbo Argentino nos da un Seoane más ponderado. Madura el tiempo la visión del escritor, pero además contiene los ímpetus, pule las aristas; y logra, en fin de cuentas, un inté-

prete y un enjuiciador más ceñido, pero en ningún modo desaprensivo, en ningún caso un satisfecho.

Se inicia el libro con una severa requisitoria contra los turistas intelectuales que durante este último tiempo han invadido los países americanos con el impaciente propósito de *descubrirnos*. «Aves de paso, conferenciantes de señoras, munidos de indudable talento y sólida cultura, pero deportistas de la inteligencia, malabaristas de la frase y de la imagen, enamorados de la elegancia y la sutileza, pero no de la verdad». ¿Cuál es el resultado? Por supuesto, nulo. «La ausencia de método, el desprecio o desconocimiento de factores esenciales, espirituales o económicos, convierte a estos filósofos o escritores en juguetes de sus velámenes mentales». O los reduce a «palabrería pinturera, imagen pura, rica en extensión, libre de profundidad», como en el caso ya célebre del gregueriano Paul Morand.

«Comprendí entonces—concluye Seoane—que para enjuiciar a un pueblo o diagnosticar sobre su espíritu no es posible afincarse en generalizaciones abstractas, en cualidades o defectos estáticos, simples juicios muertos, estuches vacíos. Es necesario vincular esas tonalidades con el medio ambiente, con el rumbo o trayectoria de la Nación, juzgarlas en movimiento, dialécticamente, como séquito móvil de una nación en camino, añadiendo a la dimensión vertical del espacio la dimensión longitudinal del tiempo. Es decir, no juzgar el argentino-unidad, sino a la Argentina-total». Y ese es el empeño, en gran parte logrado, de su libro, al través de enfocamientos certeros, no por más novedosos menos serios: el mate, el tango, el lunfardo, la rumbo-sidad del argentino, su vanidad, la emoción del deporte. Y también las inmigraciones y la fusión de razas.

Las conclusiones de Seoane pueden ser todo lo personales que se quiera, con una aparente arbitrariedad a veces y que está dejando ver el lado contrario de la teoría, su anticuerpo, pero son indudablemente vigorosas, robustas, y están iluminadas por una cálida visión social que les presta fuego y movimiento. «Mi

litigio con Manuel Seoane» es un jugoso capítulo en el que culmina el estilo ágil, cortante e incisivo del escritor. (Seoane suprime en la puntuación de sus frases el punto y coma y salta derechamente al punto y aparte).

Concuye el libro con tres penetrantes ensayos sobre la política argentina, vista al través de tres figuras representativas: Irigoyen, el hábil demagogo, pasta de caudillo y una especie de místico con levadura popular; Uriburu, brazo ejecutor de la aristocracia criolla conservadora, antípoda de «el peludo»; y finalmente, Juan B. Justo—no Agustín—, creador del socialismo argentino y noble figura de apóstol.

Por más que Seoane no lo haya querido, hay zonas, en su libro, que han quedado en la sombra, o por la menoe postergadas. Pero su libro es, indudablemente, un valioso aporte para el estudio de nuestros pueblos, vistos con ojo americano que es ojo interesado y, por consiguiente, preocupado. Y vistos desde un ángulo social, que es el ángulo en que se halla ubicada ahora la Historia, el acontecer.—OSCAR CERRUTO.



UN LIBRO DE DUHAMEL

Es sin duda Georges Duhamel uno de los escritores franceses contemporáneos más significativos. Su labor escrita es numerosa y diversa. En ella encontramos el poema y el ensayo crítico, la novela y el drama, el libro de viajes, el cuento. Nada es extraño al cultivo de su mentalidad fuerte, de su personalidad tan definida y característica. Algunos de sus volúmenes publicados, son: *Le Journal de Salavins*, *Confesion de Minuit*, *Possession du Monde*, *Le Voyage a Moscou*, *Deux Hommes*, *Les Plaisires et les Juets*, etc. No obstante, en Chile, no es lo suficientemente conocido, fuera, se entiende, en los círculos de intelectuales. Las editoriales chilenas que traducen tanto libro mediocre, no se han preocupado de verter al español ninguna de